



Pregón de la Semana Santa

Cartagena 2016

JOAQUÍN ORTEGA MARTÍNEZ

Joaquín Ortega Martínez

Pregón de la Semana Santa
Cartagena, 2016

Colabora



UCAM

UNIVERSIDAD CATÓLICA
SAN ANTONIO

© Joaquín Ortega Martínez

Fotografías:

© J. Albaladejo - Ayto. Cartagena

Editan:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena
Universidad Católica San Antonio de Murcia

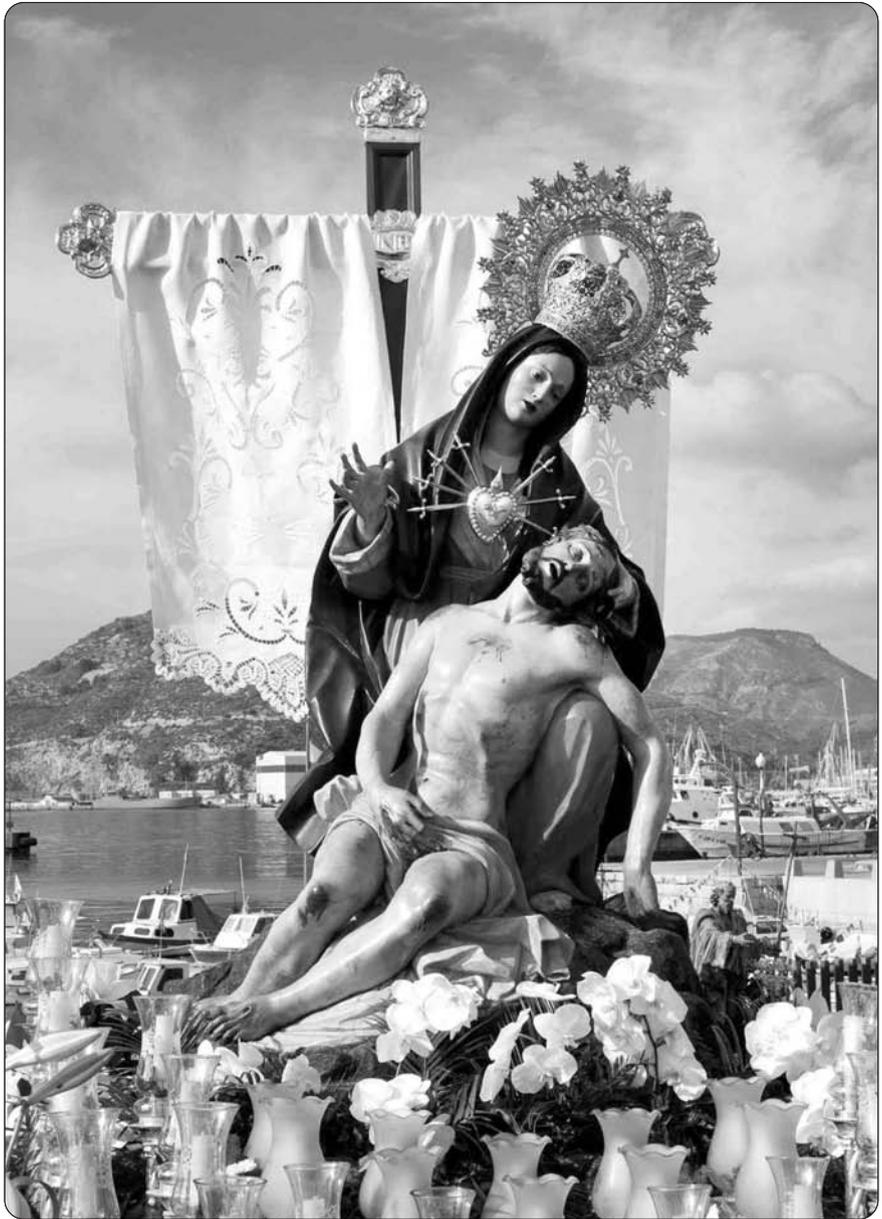
Imprime:



— i m p r e n t a —

T. 968 08 50 08. CARTAGENA

Dep. Legal:
MU - 000 - 2016





Pregón de la Semana Santa de Cartagena
pronunciado por el
Sr. D. Joaquín Ortega Martínez
el Viernes de Dolores, día 18 de Marzo de 2016,
festividad de la Patrona de la Ciudad,
en el Nuevo Teatro Circo.

Santísima Virgen de la Caridad,
Patrona de Cartagena,
Madre de todos los cartageneros:
En este día, Viernes de Dolores, Tu día,
en que de forma especial invocamos Tu protección,
a Ti, Señora, me dirijo, para rogar Tu maternal ayuda
en el cumplimiento, por este pregonero,
de la noble encomienda recibida
conforme a lo que de él se espera.
Así sea.

Sra. Nazarena Mayor de la Semana Santa de Cartagena 2016,
Reverendísimo y Excelentísimo Sr. Obispo de Cartagena,
Excmo. Sr. Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Cartagena,
Ilmo. Sr. Presidente de la Junta de Cofradías de la Semana Santa
de Cartagena,
Ilmos. Sres. Hermanos Mayores de las Cofradías de la Semana Santa
de Cartagena,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Señoras y señores,
Hermanos procesionistas,

Sean mis primeras palabras de salutación a nuestra Nazarena Mayor
de 2016, a quien corresponde este año el honor, el privilegio, de
representar a la mujer cartagenera en nuestra Semana Santa.

No vivimos ya aquellos tiempos en que el papel de la mujer en nuestra Semana Santa se centraba en la labor de retaguardia, en la preparación de vestuarios, o en el planchado de capas.

Muy por el contrario, la mujer ha dejado de ser elemento esencial pero en un segundo plano, para convertirse en elemento esencial y en la vanguardia; protagonista, una protagonista más, igual que el hombre, en la puesta en marcha de nuestras procesiones.

La mujer cartagenera es madre, es esposa, es hija, de procesionistas, como lo ha sido desde hace siglos; y, como tal, sigue desempeñando un papel fundamental en nuestra Semana Santa, como lo desempeña en el seno de nuestras familias; no en balde la mujer, madre, esposa, hija, es el corazón que, con su latido, da la vida a la familia, que la despierta al inicio del día, y le cierra los ojos al llegar la noche.

Pero ahora, además, es también, ella misma, procesionista; con una labor impagable en las Mesas de las Cofradías, en las directivas de las Agrupaciones, en los tercios, en los tronos, y en todos los ámbitos de trabajo que terminan dando lugar a este espectáculo asombroso de religiosidad popular que hoy me corresponde pregonar.

La mujer cartagenera ha sido siempre, y es aún más en estos momentos, un pilar maestro en nuestras vidas, y por supuesto en nuestras procesiones.

Por ello, saludo muy afectuosamente a la Nazarena Mayor, y a lo que hoy representa para todos nosotros.

Saludo con filial respeto a nuestro Obispo D. José Manuel, sucesor apostólico de San Basilio en la Silla Cartaginense in Hispania y pastor de este rebaño.

Y quiero aprovechar esta Tribuna, y los altavoces de que la misma dispone, para agradecer públicamente, y creo que lo puedo hacer

en nombre de todos los procesionistas, el compromiso asumido por nuestra Diócesis, gracias a los desvelos de D. José Manuel, en la revitalización de la derruida Iglesia de Santa María la Vieja, nuestra cariñosamente conocida como “Catedral Antigua”, cuyas connotaciones a nadie escapan en esta ciudad.

Saludo muy afectuosamente también, y con especial agradecimiento, a la Junta de Cofradías de la Semana Santa de Cartagena, que me ha honrado con la posibilidad de pregonar nuestra Semana Santa.

La Junta de Cofradías desempeña un papel esencial en nuestra Semana Santa; un papel que sus nuevos estatutos han concretado con precisión en el mantenimiento de la estructura tradicional de nuestras procesiones y en el fomento y en la difusión de nuestra forma de conmemorar esta festividad religiosa esencial en nuestra Fe.

El nombramiento de que he sido objeto por parte de la Junta de Cofradías colma todos mis sueños como procesionista; y a la vez me impulsa a mantener un mayor compromiso con nuestra Semana Santa, sin distinción de colores, para el resto de lo que Dios me conceda de vida.

Sres. integrantes de la Junta de Cofradías, reciban, con mi salutación, mi sincero agradecimiento.

Y saludo muy afectuosamente, por último, a nuestro Alcalde, a nuestro nuevo Alcalde, que es nuevo también en este marco.

Como cartagenero y como procesionista le deseo, Sr. Alcalde, la mejor de las suertes en el desempeño de la labor, nada fácil desde luego, que tiene encomendada.

Y debo añadir que mi deseo no es en absoluto desinteresado o altruista: de su buen hacer va a depender, en buena parte, el porvenir de esta Cartagena nuestra que nos ha visto nacer, y que si Dios quiere nos verá morir; y del porvenir de Cartagena ha de depender el futuro y la prosperidad de los cartageneros que en ella vivimos y trabajamos cada día, y la de nuestros hijos, y la de los hijos de nuestros hijos.

Mi interés como cartagenero y como procesionista, por tanto, es que su gestión se vea recompensada con el éxito; y ese éxito le deseo de corazón, Sr. Alcalde.

1.- PREGONERO.

Como manda una tradición no escrita, una llamada de teléfono de nuestro Alcalde me anunció mi nombramiento como pregonero.

Ni que decir tiene que me resultó totalmente inesperada.

Hasta tal punto fue así que me encontraba asistiendo al Concierto de Villancicos de Navidad del Casino de Cartagena, Institución que me honro en presidir, cuando me sonó el móvil.

Siempre he tenido la costumbre, como supongo que casi todos los presentes, de silenciar el teléfono al entrar en un concierto o conferencia o en actos similares; pero en esta ocasión sencillamente lo olvidé.

Menos mal. Bendito olvido.

No quiero ni pensar que, al no atender la llamada, hubiera corrido el puesto, y me hubiera visto privado del privilegio, y del placer, que supone compartir este momento con todos ustedes.

Por eso, en este momento me abstendré de rogar a los asistentes que comprueben si han apagado o silenciado sus móviles: soy consciente de que pueden Vds. correr el riesgo de perder la llamada de su vida.

Afortunadamente para mí atendí la llamada; y me corresponde por ello la misión de pregonar la Semana Santa de Cartagena de 2016.

El pregonero es, en acepción del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, quien “en alta voz da los pregones, publica y hace notorio lo que se quiere hacer saber a todos”.

Quien “en alta voz da los pregones”

Y pregón, también en acepción de la Academia, significa “Discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella”.

Así pues, corresponde al pregonero de la Semana Santa de Cartagena ofrecer un discurso elogioso sobre ésta, e incitar a participar en ella; y, como procesionista y como cartagenero es, como he dicho antes, un privilegio para mí hacerlo, ante este dignísimo auditorio, presentando mi forma de verla, y sobre todo de vivirla.

Empezaré diciendo que, como para casi todos mis convecinos, la Semana Santa forma parte de mi vida, y de mis primeros recuerdos; e incluso de antes de mis primeros recuerdos: en uno de los rincones de mi casa se puede ver una foto mía de niño, con no más de dos o tres años, vestido de hebreo, palma en ristre, que refleja momentos de los que ni siquiera tengo memoria.

Y después, aun niño, el recuerdo del traje de nazareno, de la bolsa de caramelos, y de mi abuela Flora llevándome a la procesión, forman parte de una infancia que hoy sigue alimentando mi madurez.

Y por supuesto, enseguida, terminando la adolescencia, la presencia de Adela, mi novia, mi mujer, mi compañera desde hace más de treinta años, la madre de mis hijos; con la que soy, y me siento, verdaderamente, “una sola carne”.

Adela es mujer cartagenera y profundamente californio; y, seducido por ella, me vi a la vez cautivo de todo lo que ella quería, y aun más por la Semana Santa, a la que ella amaba y ama como le enseñó a hacerlo su padre, Eugenio, otro gran californio al que, en estas semanas previas al día de hoy, he echado de menos de una forma muy especial.

Me ha faltado su permanente presencia, su consejo ponderado, su conocimiento de la Semana Santa; pero me he inspirado en su recuerdo, en tantas y tantas horas de charla sobre la Cofradía, sobre las amistades que en ella había hecho, y que mantuvo hasta su muerte bajo el manto del Prendimiento, y sobre el respeto a todo lo que nuestra Semana Santa significa.

Digo que Adela es la gran responsable, la gran hacedora, de mi condición de procesionista y de californio; es quien me ha enseñado a sentirme reconfortado a los pies del Prendimiento, protegido bajo el manto de la Virgen del Primer Dolor; y por eso a ella dedico, íntimamente, este pregón.

Señalaba hace unos momentos que corresponde al pregonero de la Semana Santa de Cartagena ofrecer un discurso elogioso sobre ésta; y, conociéndola, bien podría parecer que resulta fácil, pues fácil ha de ser elogiar lo que tantos motivos de elogio contiene.

Sin embargo, sólo lo parece, pues los anteriores pregoneros que, a lo largo de los años, han cantado las virtudes de esta Festividad Religiosa han puesto el listón muy alto.

Me precio de ser amigo de buena parte de los pregoneros que me han precedido; y confío en serlo algún día de aquellos que aun no conozco.

No me es posible, por obvias razones de tiempo, referirme a todos mis antecesores, como me gustaría; pero si quiero y debo hacerlo brevemente respecto de dos de ellos

En primer lugar, por supuesto, he de referirme al Pregonero de la Semana Santa de 2015, Santiago Díaz Izquierdo, de quien, de alguna forma, recibo hoy el testigo de este encargo.

Querido hermano Santiago, asumo mi responsabilidad, relevándote de la tuya, con la ilusión de proporcionar a nuestros hermanos aquí presentes unos momentos tan gratos como los que tú nos regalaste el pasado año.

Tu labor en la Semana Santa de Cartagena, y tu tesón en la creación y consolidación del Premio Procesionista del Año, elemento ya clásico entre los que integran nuestra vida procesionil, te garantizan un puesto de primer orden en la crónica de nuestra semana pasionaria.

Gracias, Santiago, por tan importante contribución.

Y en segundo lugar, he de recordar al pregonero de la Semana Santa de Cartagena de 2001, el profesor D. Elías Hernández Albaladejo, Mayordomo Presidente de la Comisión de Arte de la Cofradía California; Elías, mi amigo; Elías, mi hermano.

Esta Navidad pasada, en la comida que, como cada año, tenemos en casa con nuestro también amigo y hermano Pedro Pena, la silla de Elías quedó vacía; nos faltó su presencia alegre, echamos de menos sus sonoras risotadas, nos dolió el silencio de su conversación amena e inagotable.

Elías aparece, en las crónicas de nuestra Ciudad, como Pregonero de la Semana Santa del año 2001; pero quienes le hemos conocido sabemos que él fue “el pregonero” permanente e incansable; porque pregonó, durante toda su vida, nuestra Semana Santa; porque nos ilustró con sus vastos conocimientos; la divulgó en docenas de libros, de artículos en revistas, de conferencias, de charlas entre amigos.

¡Cuánto hemos perdido los procesionistas cartageneros con la pérdida de Elías!

He dicho que iba a mencionar a dos pregoneros de la Semana Santa de Cartagena; pero ahora voy a referirme a otro: al PRIMER PREGONERO de la Semana Santa, si no de Cartagena, sí en Cartagena.

Me refiero a nuestro Señor Santiago, el Apóstol Santiago, quien, según la tradición, llegó a Cartagena para traer a España la Luz del Evangelio.

Así lo creemos, lo sabemos, los cartageneros, y así aparece grabado en piedra en ese pequeño embarcadero del barrio pesquero de Santa Lucía, próximo al muelle de pescadores.

Nuestro Señor Santiago llegó a Cartagena, y con él llegaron a nuestra ciudad los principios de nuestra Fe, contenidos en el “Credo Apostólico”:

“...padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado,
y descendió a los infiernos,
y al tercer día resucitó...”

Nuestro Señor Santiago fue el primero en pregonar en Cartagena la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor; fue, en definitiva, así visto, nuestro primer pregonero de la Semana Santa.

2.- LA SEMANA SANTA.

Con nuestra Semana Santa conmemoramos una parte esencial de nuestra Fe: la de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo; y lo hacemos poniendo nuestras procesiones en la calle, en las calles de Cartagena.

No es momento ni lugar para la investigación histórica; pero sí sabemos que será en el Concilio de Trento cuando, para combatir la herejía protestante, la Iglesia comenzó a fomentar las procesiones de Semana Santa, como medio de evangelización, de catequesis popular, de catequesis en la calle.

Con nuestras procesiones en la calle la manifestación privada de Fe se convertía en manifestación pública, en proclamación orgullosa de nuestra fidelidad a Cristo.

Con nuestras procesiones, nuestras calles se convertían en Templo, en Iglesia; y las procesiones formaban parte esencial de la Liturgia de esa Iglesia en la calle.

Calles convertidas en Iglesia; Liturgia en la calle.

La Semana Santa es Liturgia en la calle; y como tal debe expresar el Misterio de lo Sagrado al margen de modas y de modernidades.

La Semana Santa no es una “fiesta” en el sentido banal del término. Multitud de ejemplos tenemos, en los tiempos actuales, de “fiestas” en que no hay otro objetivo que la diversión en sí misma.

No es ese el objeto de nuestra Semana Santa, que no es sino una Festividad conmemorativa, expresiva de nuestra Fe, que llama a la catequesis y a la conversión.

Huyamos, por tanto, de su trivialización, de encuadrarla en un marco de “ocio y vacaciones”, de venderla como un mero reclamo turístico.

No nos apartemos de su auténtico significado.

3.- CARTAGENA

Vamos avanzando en el pregón.

El pregonero ha de pregonar la Semana Santa, la expresión litúrgica de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor, en la calle; pero no en la calle en general, sino en concreto en las calles de nuestra ciudad, en las calles de Cartagena.

Y será la impronta de nuestra ciudad la que marque una forma propia de “hacer procesiones”, diferente de las que se vienen desarrollando por todos los rincones de nuestra España.

Nuestras procesiones, nuestra Semana Santa, vienen marcadas por las notas que adornan una ciudad singular, milenaria en su relato histórico, mediterránea y portuaria en cuanto a su ubicación geográfica, castrense en lo que se refiere a su forma de ser y de actuar, y cristiana vieja, desde su recuperación de manos infieles gracias a D. Alfonso X, El Sabio, que la incorporó, como patrimonio propio, a la Corona de Castilla.

Me refiero a esa Cartagena que era base naval en la lucha contra el turco, y desde la que partía el más ilustre de nuestros escritores, Miguel de Cervantes Saavedra, que la cantara en su “Viaje al Parnaso”,

camino de la Batalla de Lepanto, gloria de las armas españolas y de la cristiandad, en el año 1571; por cuyas fechas, según una cierta tradición, la Cofradía Marraja ya echaba a la calle sus procesiones en Cartagena, que sufragaba con la venta del pescado que le da su popular nombre.

¿Quién sabe si el ilustre manco no tuvo la oportunidad de ser testigo de ellas?

En el Siglo XVIII Cartagena se vió fortificada y amurallada, y lanzada a la modernidad, por decisión del Rey Carlos III, hermano de número de la Cofradía California; y, en aquellos momentos, marrajos y californios ya competíamos, mediante la adquisición de sus irrepetibles obras al maestro Salzillo, para el mayor esplendor de nuestros desfiles procesionales.

La convulsión decimonónica vio convivir claros y oscuros de nuestras Cofradías y de nuestras Procesiones, que sobrevivieron a pesar de guerras y revoluciones hasta alcanzar el Siglo XX.

Los dolorosos acontecimientos que sucedieron al inicio de la guerra civil no impidieron la reconstrucción de nuestra Semana Santa, que, tras la conclusión de la misma, volvió a alcanzar sus más altos momentos de esplendor gracias a la tarea abnegada de nuestros padres y de nuestros abuelos, de cuya obra tan deudores somos.

Durante estos casi 500 años, la vida de nuestra ciudad se ha ido desarrollando de forma simultánea a la vida de nuestros procesionistas y a la vida de nuestra Semana Santa en la calle; y siempre bajo la influencia de nuestra Historia, de la luminosidad del sol levantino, que constituye nuestra fuente de vida, y de la del Mar Mediterráneo, este "mar nuestro" que no nos separa, sino que nos une a todos los pueblos bañados por sus riberas.

Esa influencia mediterránea y levantina nos ha hecho, y ha hecho a nuestra Semana Santa, abiertos a los demás, alegres en nuestras manifestaciones, enamorados de la música, que, como nos enseñara el Rey David, es un regalo de Dios, y enamorados también de las flores, que ya nos venían llegando hace muchos años desde Nápoles y otros puertos lejanos, como preciados elementos para adorno de nuestros tronos.

Y, junto con todo esto, está la presencia de las Fuerzas Armadas, como parte de la forma de ser de los cartageneros.

Las Fuerzas Armadas son parte de Cartagena, como Cartagena lo es de nuestras Fuerzas Armadas.

“Muy Leal, Muy Fiel y Siempre Heroica”, nuestra condición de plaza fuerte desde los inicios de la edad moderna nos ha marcado de forma indeleble.

Sitios, asedios, bombardeos, resistencia, han forjado nuestro espíritu recio, disciplinado, en definitiva castrense.

Pocos son los cartageneros que no cuentan con un familiar, o un amigo, integrante de nuestros ejércitos.

La presencia de las Fuerzas Armadas sigue siendo, a pesar de la adaptación de éstas a las nuevas necesidades de la Defensa Nacional, notable y relevante en Cartagena.

La Armada, con la Base Naval, el Ejército del Aire, con la proximidad de su Academia General, y el Ejército de Tierra, por medio de su Regimiento de Artillería, nos recuerdan nuestra tradición, nuestro pasado, pero también nuestro presente y nuestro futuro castrenses.

Permítanme aquí un momento para expresar mi personal afecto a estas Fuerzas, y muy especialmente al Arma de Artillería, en la que tuve el honor de integrarme en su día en el cumplimiento de mi servicio con la Patria, en Melilla, y de la que, por esa y por otras razones, siempre me consideraré parte como un artillero más.

Ese es, en fin, el marco en el que se desarrolla nuestra Semana Santa: el de una ciudad histórica, abierta, alegre, castrense, y cristiana; sobre todo de profundas convicciones cristianas.

4.- EL RESULTADO DE ESTA SIMBIOSIS: LA SEMANA SANTA DE CARTAGENA.

Y ¿cuál es el resultado de esta combinación de la Semana Santa, como conmemoración de las verdades inmutables de nuestra Fe, con nuestra querida Cartagena, esta ciudad milenaria, marinera, mediterránea, castrense?

resultado lo tenemos aquí, lo hemos visto estas pasadas semanas, y lo vamos a ver, sobre todo, en estos diez días que dura la Semana Santa de Cartagena.

El resultado, del que el pregonero no se cansaría nunca de hablar, es el que conforman nuestras Cofradías, nuestros actos, litúrgicos o sencillamente tradicionales, previos o coetáneos a la Semana Santa; y nuestras procesiones, sobre todo nuestras procesiones.

Sin embargo, antes de que hablemos de nuestras Cofradías, o de nuestras procesiones, permítanme que me refiera a una de las notas que nos han venido caracterizando desde tiempo inmemorial: la rivalidad; la rivalidad de siempre entre californios y marrajos, y ahora la rivalidad entre las cuatro cofradías.

No he querido ver nunca la rivalidad entre las cofradías como algo negativo; no lo es, si es bien interpretada.

La rivalidad, entendida como acicate para llegar más alto, para llegar más lejos, no es mala si la meta es noble.

Esa rivalidad nos ha permitido mejorar nuestros desfiles; que ha sido y es tanto como mejorar nuestra expresión de Fe, y cumplir mejor así el mandato que hemos recibido de la Iglesia.

Nada tiene que ver esa rivalidad con el enfrentamiento fratricida, con la disputa o la algarada.

Lejos han quedado ya aquellos momentos, que aun hoy me recuerda de vez en cuando mi madre, cuando, de niña, otros pequeños como ella, pero de la otra Cofradía, se le lanzaban a arrancarle el lazo con los colores de la suya, que con tanto orgullo lucía durante la Cuaresma.

Ya no existe, afortunadamente, esa virulenta rivalidad.

Ahora bien, ¡eso no significa que no sintamos el orgullo de nuestros colores!

Claro que lo sentimos.

Lo sentimos desde niños, cuando en los colegios, o en los juegos en la calle, nuestros hijos o nuestros nietos, como nosotros antes, no dudan a la hora de dar respuesta a la pregunta del millón:

¿Cali o marra?

¡Que cada uno dé su respuesta!

¡Yo tengo la mía!

Pero ahora esa rivalidad se ha tornado enriquecedora, porque siempre tiene presente la realidad del objetivo común.

No hay que mirar muy atrás para comprobarlo.

Recuerden una noche de Jueves Santo, hace muy pocos años; la Procesión del Silencio, aproximándose su cabeza a la calle Jara; y, de repente, una lluvia de barro.

La situación obligó a acortar la recogida, y a reconducir la procesión por la calle San Miguel, para entrar rápidamente a la Iglesia; pero la lluvia y la caída de barro no cesaban.

Iba yo, como siempre, con mi Ecce Homo.

Como saben, el Reglamento de la Procesión del Silencio prohíbe terminantemente hablar en el transcurso de la misma, así como volver la vista atrás, debiendo mantenerse en todo momento la mirada hacia delante.

Debo reconocer que, atenzado por la preocupación, viendo caer el barro, infringí el Reglamento y me volví para ver el estado de nuestra Sagrada Imagen; y lo que me encontré fue a un nutrido grupo de marrajos, comisarios, consiliarios, hermanos, encaramados al trono cubriéndolo con los plásticos, protegiendo nuestro patrimonio; y así a lo largo de todo el recorrido.

Esa es nuestra rivalidad.

Ahí la tienen Vds.

La Semana Santa de Cartagena nos enriquece, como colectivo, y personalmente, como hombres y como cristianos; o, como nos decía nuestro Obispo en el pregón que aquí nos ofreció en 2014,

“participar en la Semana Santa nos enseña a llevar la cruz de cada día”.

E intentamos llevarla entre todos, juntos, como mejor sabemos y podemos.

5.- NUESTRAS COFRADIAS, NUESTROS ACTOS, NUESTRAS PROCESIONES.

Y, a lo largo de nuestra historia, hemos aprendido a hacer nuestra Semana Santa a través de nuestras Cofradías.

Cuatro Cofradías, diversas en sus orígenes y en sus estructuras, son el vehículo mediante el que los procesionistas cartageneros ponemos en marcha nuestros desfiles procesionales; cuatro Cofradías, sin ninguna de las cuales podríamos entender lo que hoy somos.

La Ilustre Cofradía del Santísimo y Real Cristo del Socorro, que procesiona en las primeras horas de la madrugada de Viernes de Dolores, y que remonta sus orígenes a esos treinta y tres caballeros que del Duque de Veragua recibieron el mandato de mantener su Capilla en la Catedral Vieja, y sufragar los costes de sus procesiones.

Sudario con treinta y tres corazones sangrantes; sangrantes porque bombean sangre, porque están vivos, como lo está esta Cofradía.

La Pontificia, Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús en el Doloroso Paso del Prendimiento y Esperanza de la Salvación de las Almas, mi querida Cofradía California, a la que pertenezco, y bajo cuyo manto espero morir; que, desde el 13 de junio de 1747, día de su fundación canónica, asumió la obligación de poner en la calle la

Pasión de Getsemaní, y que procesiona en Viernes de Dolores, Domingo de Ramos y Martes, Miércoles y Jueves Santos.

La Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, nuestra querida Cofradía Marraja, la más antigua de las que procesionan en nuestra ciudad, que lo hace Lunes Santo, Viernes Santo de madrugada y por la noche, y Sábado Santo, y que representa admirablemente el drama del Gólgota; y a la que estoy vinculado a través de su Agrupación de Soldados Romanos, de la que he sido Tribuno, gracias a la amabilidad de ese gran procesionista y gran marrajo que hemos perdido recientemente, que ha sido Pencho Madrid, sin olvidar que fuí portapasos fundador de los portapasos de la Virgen de la Soledad de los Pobres.

Y la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, la más joven de nuestras Cofradías, que tiene el privilegio de proclamar el más venturoso de los misterios, el de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, como culminación esperada, esperanzada, de su Pasión y Muerte; y a la que también estoy vinculado por medio de la Agrupación de la Virgen del Amor Hermoso, que me honró con el nombramiento de Portapasos de Honor, y bajo cuyas varas he tenido la dicha de procesionar varios años.

Estas son nuestras cofradías, sobre las que recae el peso, y la responsabilidad, de la organización de nuestras procesiones.

Y estas Cofradías nuestras nos lo recuerdan, cada año, al inicio de la Cuaresma, en un acto singular: la Llamada.

En muestra de unidad procesionista, todas las Cofradías, al unísono, nos convocan a este reto anual: previo acuerdo de los cabildos generales, el Miércoles de Ceniza los procesionistas nos echamos a la calle para dirigirnos, en primer lugar, ante la primera Autoridad

Municipal, para recabar de él la autorización preceptiva para la salida de nuestros desfiles; y para marchar seguidamente, previa su venia (“Música y a la calle”), hacia la Basílica de la Caridad, en que se encuentra custodiada la Imagen de nuestra Patrona, ante la que anunciamos nuestra voluntad inquebrantable de poner una vez más en nuestras calles el resultado del trabajo acumulado durante siglos.

Comienza la Cuaresma, y con ella los actos que anuncian nuestra Semana Santa.

La Cofradía del Resucitado ha celebrado su “Resurrexit”.

“Resucitó”; y, para dar testimonio de ello, centenares de procesionistas se reunieron en Santa María de Gracia y encendieron sus velas y marcharon por los pasillos del Templo.

Los marrajos congregaron a todos los procesionistas en su tradicional Miserere; aromas de romero abarrotando Santo Domingo, notas de Wagner inundando las bóvedas; solemnidad marraja.

La austera Cofradía del Socorro ha organizado su Eucaristía, su Misa Solemne, en la que han participado procesionistas de todos los colores.

Por mi condición de Secretario General de la Cofradía California durante varios años, tuve el alto privilegio de llevar el Sudario de las Cofradías hermanas, marraja, resucitada y del Socorro, en estos emotivos actos litúrgicos cuaresmales; y eso me ha permitido participar en los mismos de una forma muy especial.

He sido, lo sé, muy afortunado por ello.

Y nueve días antes del inicio de la Semana Santa, la Salve Grande de los californios.

Los californios, acompañados de marrajos, resucitados y hermanos del Socorro, a los acordes del “In Memoriam”, postrados ante la Virgen del Primer Dolor, Reina de los Cielos y de la Tierra, Madre de los californios, bajo el protector cobijo de Su manto.

“Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia”.

Y, tras estos actos organizados por nuestras Cofradías, ¿por qué no?, la Misa de la Onza de Oro, esta mañana, en la Iglesia de la Caridad.

Sí, ya sé que no es un acto dentro de la programación de nuestra Semana Santa; pero permítannos a los procesionistas apropiarnos, cariñosamente, de ella.

Porque la Misa de la Onza de Oro es el prelude de este acto; mejor dicho, este acto es su epílogo; y cartagenerismo y procesionismo se funden en esta mañana, mañana cartagenera por excelencia, hasta hacerlos sentimientos inseparables, en nuestra ciudad y ante nuestra Patrona.

Como concejal que fui en la Corporación Municipal de 1979 a 1983, y por ser entonces el más joven de la misma, fui el responsable de trasladar el pendón de la Ciudad, esos años, desde el Ayuntamiento hasta los pies de nuestra Señora, para la celebración de esta tradicional Misa.

Otro motivo para sentirme muy afortunado, como procesionista y como cartagenero.

Y ¿qué decir de todos esos momentos y actos tradicionales que completan las apretadas agendas procesioniles?

¿Cómo no recordar los pasacalles, que, en los domingos de Cuaresma, alegran nuestra ciudad con sus marchas, con sus brillantes e impolutos uniformes, con su precisión a la hora de marcar el paso?

Granaderos y “Judíos” rodeados de niños y mayores.

Admiración en la caras, sin distinción de edad, ante los malabares de los gastadores; ante el divertido desenvolvimiento del caracol; ante los sones del Perico Pelao o de la Micaela.

Granaderos y “Judíos”.

Porque en Cartagena, por mucho que nos hayan querido imponer un cambio, los soldados romanos son “judíos”; que es, para que lo entiendan, como si a los cartageneros nos llamaran segovianos, o, lo que sería aun peor, a los “merengues” “culés”.

En fin, una pequeña licencia histórica que nos permitimos en Cartagena ...

Y ¿qué me dicen de cómo se pone la calle Jara minutos después del inicio del Viernes Santo?

Yo la veo bien desde lo alto, porque allí tengo mi casa; y les aseguro que ni la Puerta del Sol a la hora de las uvas aglutina más gente por metro cuadrado: marrajos y procesionistas en general a la espera del inicio de la gran noche marraja.

O los reconfortantes caldos de pescado en la Pescadería, para hacer más llevadero el frío que entra desde la bocana de nuestro inexpugnable puerto.

O los Cabildos de las Yemas, de los Dátiles o de las Monas, y de los proyectos que en los mismos se plantean, o de las críticas “cariñosas” que respecto de las otras Cofradías en ellos se vierten, o de los dardos “envenenados” que con aparente descuido se lanzan ...

O la visita obligada a Santa María el Miércoles y el Viernes Santos, para disfrutar de la posibilidad de admirar de cerca los tronos, las imágenes, bajo el aroma de las miles y miles de flores con las que con esmero los floristas los adornan.

O el Lavatorio de Pilato, que se lavó las manos ante la injusticias, como desgraciadamente seguimos muchos haciendo cada día, apartando la mirada de la realidad que nos rodea; y ante el que los niños de todas las edades nos arremolinamos por ver si conseguimos mojarnos con el agua aromatizada con colonia de la palangana que el Pretor con tanto desprecio lanza a la multitud.

O el desagravio al Ecce Homo; o los traslados penitenciales de mañana sábado; o los encuentros de cartageneros ausentes, que, lamentablemente, han desaparecido como acto oficial, quedando relegados a reuniones privadas; o tantos y tantos otros.

Muchos más actos pueblan los calendarios de nuestra Semana Santa; pero, aunque mi deseo hubiera sido extenderme en ellos, la prudencia, la conveniencia de hacer de este pregón aceptable en cuanto a su duración, me lo impiden.

Ocasiones tendremos.

Y nuestras procesiones; el espectáculo sobrecogedor de nuestras procesiones en las calles de Cartagena; esta escenificación que hemos comenzado a representar en esta madrugada, y con la que

seguiremos comprometidos estos diez días, en la Semana más larga del año, hasta el Domingo de Resurrección.

Procesión Vía Crucis del Santísimo Cristo del Socorro, madrugada de Viernes de Dolores; tambor sordo camino abajo por la calle de la Concepción, inicio de sus estaciones penitenciales; trono del Cristo Crucificado y trono de la Virgen de la Soledad del Consuelo, que la oración nos irá presentando, conforme avanza la noche y se acerca el alba, como Madre del Rosell y Madre de la Caridad, dos advocaciones del patronazgo de la madre de los cartageneros.

Primera Misa ante nuestra Patrona.

Se ha iniciado la celebración de la Semana Santa en España.

Procesión del Santísimo Cristo de la Misericordia y Santísima Virgen del Rosario en sus Misterios Dolorosos; tarde festiva de Viernes de Dolores; incienso y cera.

Domingo de Ramos; el pueblo hebreo en la calle, en las calles de Cartagena; entrada triunfal de Jesús en Jerusalén; el futuro de nuestra Semana Santa está garantizado entre palmas y ramas de olivo.

Promesas tras la Imagen de la Virgen de la Piedad; Lunes Santo de cumplimiento de la palabra dada ante nuestra mejor Valedora; ríos de devoción inundan la carrera y desbordan las calle adyacentes.

Traslado de los Apóstoles en un Martes sin igual; algarabía en las Instituciones Militares; Gobierno Militar, Parque de Artillería y Arsenal, con sus mejores galas, se aprestan a organizar la salida de los Santos Apóstoles, y a despedirlos con todos los honores que merecen; Santiago, San Juan y San Pedro inician su recorrido, su espectacular marcha, camino de Santa María.

Tronos cartageneros por excelencia.

Miércoles Santo, procesión del Prendimiento; barroca representación de la Pasión de Getsemaní.

Granaderos, Santa Cena, Oración en el Huerto, Ósculo, Prendimiento, con su guardia de Soldados Romanos, los "Armados del Prendimiento", ¡los "Judíos"!, Flagelación, Coronación de Espinas, Sentencia, y la Virgen del Primer Dolor, acompañada de los Apóstoles; Benlliure y Sánchez Lozano, cinceles que han modelado un Miércoles Santo inigualable.

Y presidiendo, el Santísimo Cristo del Prendimiento, ante cuya presencia tantos pensamientos me acuden: mis hijos, Adela y Joaquín, mis sobrinos, Pablo y Maite, mis cuñados, todos desfilando; mi mujer vistiéndolo; tantos amigos ... ¡Todos familia!

Siempre Prendimiento.

Y la Salve a la Virgen, miles de gargantas atenazadas y miles de ojos humedecidos por las lágrimas.

Virgen del Primer Dolor, Madre nuestra.

Noche grande, la del Miércoles Santo.

Silencio y oscuridad sólo rasgada por la luz de la luna llena. Jueves Santo. Tintineo de las cartelas y de los hachotes. Suspiros bajo los tronos. Ecce Homo, humillado con su caña y su corona de espinas, pero Divino siempre; y Cristo de los Mineros, avanzando ante el recogimiento general; y San Juan, con las Santas Mujeres, en la Vuelta del Calvario; y la Virgen de la Esperanza.

Siempre Esperanza.

Se inicia el Viernes Santo; cruces entre túnicas encarnadas, que se preparan para ser guardadas en los almacenes hasta el próximo Viernes de Dolores, y moradas que se aprestan a la penitencia. Singular momento de convivencia de colores en la Semana Santa Cartagenera.

Pero la madrugada anuncia tragedia y dolor.

Desde la Pescadería, a pocos metros del lugar desde donde iniciara Santiago su misión en España, el Nazareno da comienzo a su calvario. Puente de Mompeán, calles de Santa Lucía, San Diego, Plaza de la Merced.

Los estudiantes, desde la Universidad, escoltan su Cristo Medinaceli.

Las puertas de Santa María se abren para la salida de la Mujer Verónica, y más tarde para la de San Juan y la de la Virgen Dolorosa, todos al encuentro del Nazareno.

Doloroso Encuentro de Madre e Hijo.

Y, tras la madrugada de Encuentro, la noche del Santo Entierro.

La tragedia se ha consumado.

El Nazareno; Agonía; Lanzada; Descendimiento; Piedad; Santo Entierro; Yacente; Magdalena; San Juan; y la Soledad, último dolor de María.

El Sepulcro atraviesa las calles de Cartagena, ante espectadores que se alzan en pie en señal de respeto, con la escolta del Alcalde

y de la Corporación municipal, que es como si llevara la escolta de todos los cartageneros; como si los doscientos mil habitantes de nuestra ciudad atendieran el duelo por la más injusta de las muertes.

Quiero decir muy alto que como concejal participé en su momento en esa escolta; y que me sentí honrado con ese privilegio, no ya como procesionista, sino como cartagenero.

Dicho quede.

Sábado Santo. Vera Cruz. Santo Amor de San Juan, ¡cómo no fijarse, cautivarse, con esa maravillosa imagen, producto del Capuz más maduro y completo!

Y, finalmente, el triunfo de la Resurrección.

Cristo ha resucitado y la ciudad se ha engalanado de blanco. Alegría incontenible. Y la Virgen del Amor Hermoso, que he tenido el privilegio de portar varios años. Y la última Salve; no la que se canta en la puerta de Santa María, no. La de dentro, la que cantan, la que cantamos, los que despedimos allí a la Semana Santa y, con ella, y para un año, a la Virgen, en ese momento como en volandas, mecida por procesionistas que la esperan y se esfuerzan en encontrar un hueco entre las varas.

En fin, capirotos con sus hachotes, tras el sudario, al ritmo que marcan los tambores, bajo la férrea vigilancia de los varas; fruto de horas y horas de ensayos, de disciplina y de sacrificio.

Nazarenos, acompañando al Trono; niños y mayores sin distinción; haciendo procesión.

El Trono, escena de Historia Sagrada en la calle y para la calle, marchando a los hombros de sus portapasos, esforzados, pero felices y satisfechos por el cumplimiento de su compromiso con la Semana Santa.

Las promesas.

Y, cerrando el cortejo, el piquete, nuestro vínculo con la tradición castrense; e incluyo el piquete como parte de la procesión, porque, para cualquier procesionista cartagenero, el piquete es un elemento más de la procesión; no sólo la escolta, sino que se integra como componente esencial de ella.

Esa es nuestra procesión, la procesión cartagenera en la calle: luz, música, flor y orden al servicio de la Iglesia en la misión que ésta nos ha encomendado a las Cofradías pasionarias.

Pasión en las calles y Pasión en nuestros corazones.

Esta es la Semana Santa que hoy pregonó.

6.- AÑO 2016.

Pero el pregonero lo es para pregonar la Semana Santa de Cartagena de 2016; es decir, la Semana Santa de hoy, no la de ayer, ni la de antes de ayer.

Creo sinceramente que la esencia de la Semana Santa Cartagenera ha de ser permanente e inalterable, como lo son los principios de Fe que conmemora; como lo es la Iglesia universal bajo la primacía del sucesor de Pedro.

Nuestra Semana Santa puede y debe utilizar nuevas herramientas; pero para transmitir un mensaje que ni es de hoy, ni tampoco de ayer, ni de mañana, porque es atemporal: el mensaje de nuestra Fe.

En definitiva debemos adaptarnos a los tiempos, pero no con el objetivo de cambiar nuestra Semana Santa, sino, muy por el contrario, para que permanezca inalterada en lo trascendente.

La conmemoración de nuestra Semana Santa va a tener lugar en este año 2016 en un escenario complejo, donde, aunque con mejores perspectivas económicas, la profundidad de las heridas causadas por los años de crisis ha impedido que éstas cicatricen todavía; donde la pobreza, el desempleo, la miseria, alcanzan cotas inaceptables, si es que se puede hablar de “cota aceptable” alguna en este ámbito.

Los procesionistas no podemos quedar impasibles ante esta situación, ante este escenario.

Y no lo hacemos.

Los procesionistas no podemos ser meros testigos de los padecimientos que nos rodean, sino que hemos de convertirnos en actores, actores principales en la colaboración para su sanación.

Y lo intentamos.

Aquí tenemos la evolución producida en los últimos años en la actividad de nuestras Cofradías en el ámbito de la caridad y de la solidaridad, bajo el impulso de nuestro Obispo.

Aquí tenemos los ejemplos de la colaboración con Cáritas en las diferentes parroquias, de los economatos para los más necesitados, como el programa de los Panes y los Peces, de la labor de protección de ancianos, como desarrolla la Fundación marraja Betania, o de las campañas de juguetes para niños carentes de recursos económicos, que organiza la Cofradía California.

Son compromisos de la Semana Santa con el momento actual, con 2016.

Y sobre todo, ante este panorama mundial, por voluntad del Papa Francisco, 2016 es para la Iglesia Católica el Año de la Misericordia. En su carta a los Efesios, Pablo nos dice que “Dios es rico en Misericordia”; y nuestro Santo Padre Francisco nos ha recordado, con motivo del jubileo extraordinario, que “La Iglesia es testimonio de misericordia”, y que Jesucristo mandó: “Seamos misericordiosos como el Padre”.

En este año 2016 el Santo Padre nos ha hecho un regalo, el Jubileo de la Misericordia, que va a tener su culminación en la canonización de la Madre Teresa de Calcuta, que ha definido como “modelo de misericordia”.

Recibámoslo como un don maravilloso. Sepamos aprovecharlo. Seamos misericordiosos con nuestros hermanos, como imploramos la misericordia de Dios en el Salmo 50:

"Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam".

“Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia”.

7.- INCITACIÓN A LA PARTICIPACIÓN.

Esta es, en definitiva, nuestra Semana Santa de Cartagena en 2016.

Así la veo: la conmemoración de los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor, celebrada con la impronta que más de dos mil años de historia han grabado en nuestra tierra y en nuestros hombres y mujeres; con el espíritu abierto y alegre de los pueblos mediterráneos; con el rigor, con el sentido del cumplimiento del deber, de la tradición castrense; y con un claro compromiso con nuestras gentes, con nuestros hermanos necesitados, merced al impulso del sentimiento de la misericordia cristiana.

Como pregonero he querido cumplir aquí con mi obligación, que también es un privilegio y un honor, de ofrecer un “discurso elogioso” de nuestra celebración; y ahora, tras ese “discurso elogioso”, me corresponde hacer un llamamiento, una incitación, a la participación en ella.

No ha de ser difícil animar a los presentes a esa participación; porque Vds. aman, como yo, nuestra Semana Santa.

Todos los aquí presentes conocían, antes de que yo las leyera, cuantas explicaciones sobre la misma se contienen en este pregón: han presenciado los desfiles; han protagonizado, cada uno desde su puesto, los diferentes actos; han sido testigos o partícipes de incidentes o anécdotas iguales o similares a las que he relatado.

Y si todo esto no les ha resultado obvio, redundante, o reiterativo, ha sido, además de por su indulgencia para con el pregonero, porque, por su amor a la Semana Santa, les gusta recordarlos, revivirlos,

que es como “vivirlos otra vez”, “vivirlos día a día”, los otros 355 días del año que no forman parte de la Semana Santa.

Porque, para nosotros, nuestra Semana Santa está presente todo el año.

El pregonero ha querido, por eso, dirigirse sólo a modo de recordatorio a quienes en realidad no necesitan el pregón, porque, por su condición de procesionistas, de enamorados de la Semana Santa, cada uno de ellos podría ser el mejor de los pregoneros a la hora de difundir sus excelencias

Pero también quiere dirigirse, debe dirigirse, a quienes no nos conocen, y no conocen esta forma única de poner las procesiones en la calle.

Me dirijo, por ello, pues, a quienes, hace un rato, al pasar por las puertas de este Teatro, las han visto abiertas y, por mera curiosidad, han entrado y se han sentado en una de esas butacas; a quienes, al encender la radio, se han encontrado con la retransmisión de este acto; a quienes, gracias a la tecnología que nos apabulla, puedan estar oyéndonos o viéndonos, por internet, desde cualquier lugar del mundo.

A ellos me dirijo; y lo haré en los términos en que ya tuve la ocasión de pronunciarlos hace unos años, en la oportunidad que para ello me ofreció la Llamada literaria de nuestra ciudad, otra Institución señera de nuestra Semana Santa.

A Vd. me dirijo; a Vd. que ni conoce ni, por ello, ama nuestra Semana Santa.

¡Venga a Cartagena en Semana Santa!

He querido animarle con mis pobres palabras; pero si hasta ahora no he conseguido atraparle, permítame que le insista.

Venga, y busque a cualquier procesionista. No le será difícil encontrarnos. Nos verá por todas partes: en la Iglesia, en las sedes de las cofradías, en lugares tradicionales, en cafés, en cualquier "pico esquina".

¡Venga conmigo, y permítame que se la muestre!

Venga conmigo por las recónditas calles y callejuelas del centro de nuestra ciudad en la madrugada del Viernes de Dolores, para encontrarse con el Vía Crucis penitencial del Cristo del Socorro, y con un pueblo creyente que vela y reza preparándose para la conmemoración de los misterios de nuestra Fe.

Venga conmigo el Martes Santo, a que le presente a nuestros apóstoles, Santiago, San Juan y San Pedro, en sus dependencias militares, engalanadas ante la presencia de tan ilustres protagonistas, poniendo de manifiesto la férrea vinculación de nuestras Fuerzas Armadas con Cartagena y su Semana Santa.

Venga conmigo a admirar, a embelesarse, con esa sublime expresión barroca del sentir californio que es la magna procesión del Prendimiento.

Venga conmigo el Jueves Santo y compruebe como todo el bullicio de nuestras calles se convierte repentinamente en noche, oscuridad

y silencio, ante la inminencia del drama universal que presagia el avance del Ecce Homo por la carrera, a los hombros de sus caballeros portapasos.

Venga a la Pescadería en la madrugada del Viernes Santo, y de allí a la Plaza del Lago, donde será testigo privilegiado del encuentro del Nazareno con su Madre Dolorosa en el camino de la Amargura, ante la presencia emocionada de miles de cartageneros.

Y venga también ese mismo día, unas horas después (pues en Cartagena el Viernes Santo no es día para dormir) a admirar la procesión del Santo Entierro y a conmoverse ante la presencia del Yacente, muerto, pero que pareciera lleno de vida.

Venga, en fin, el Domingo de Resurrección a encontrar una Cartagena de fiesta, de alegría y de gozo, ante la majestuosa imagen del Resucitado, y la de su madre del Amor Hermoso, subiendo a paso ligero por la calle del Cañón; pues "le pueden las ganas" de alcanzar a su Hijo Dios a las puertas de Santa María.

Mi querido amigo:

Sé que no conoce Vd. nuestra Semana Santa; pero sé también que por sus venas circula la sangre; que su corazón se acelera por la emoción; que se contrae ante la visión del dolor; que se extasía ante la belleza.

Y se también, querido amigo, que ningún corazón por el que circule la sangre, que ningún corazón que palpite, que ningún corazón que se acelere por la emoción, se contraiga ante la visión del dolor, se extasíe ante la belleza, puede permanecer impassible ante esta forma

nuestra de expresar en las calles de Cartagena en Semana Santa el drama de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor.

Amigo mío, no ha tenido Vd. la oportunidad de conocer nuestra Semana Santa; y por eso no ha podido enamorarse de ella.

Y por eso precisamente le animo a que venga, la conozca y la viva con nosotros.

Hágalo, y caerá enamorado de ella para siempre.

Se lo puedo asegurar por mi propia experiencia; de la misma forma que pueden hacerlo, por la suya, todos y cada uno de los procesionistas que hoy nos acompañan.

8.- EPÍLOGO.

Concluyo.

Concluyo expresando mi agradecimiento sincero a todos los asistentes a este solemne acto por haber tenido la paciencia de atender a las palabras del pregonero.

El pregón ha querido ser la expresión de un sentimiento; la expresión del amor a la Semana Santa, la expresión de nuestra inquebrantable fe en Jesucristo, Nuestro Señor, y en que padeció, murió y resucitó por nosotros; y la expresión, también, del amor a esta bendita tierra, Cartagena, que ha sabido trasladar a sus calles, en una explosión de belleza, como profesión pública de esa fe, las creencias que compartimos todos los que somos hijos de nuestra Santa Madre Iglesia.

Espero haber podido transmitir a todos Vds. esos sentimientos, no exentos de una emoción que no he podido contener; pues esa era, y no otra, mi intención: la de trasladar a propios y ajenos, la de compartir, mi forma de ver, entender, vivir, la Semana Santa de Cartagena, mi forma de apasionarme con ella.

Y concluyo finalmente invocando, mediante la intercesión de nuestra Madre, la Virgen de la Caridad, la protección de nuestro Señor Jesucristo, Cristo del Socorro, Cristo Prendido, Cristo Nazareno, Cristo Resucitado, para Cartagena, para los cartageneros, y para nuestra Patria toda, en estos días inciertos de 2016 que vivimos.

Y permítaseme también implorar a nuestra Madre, la Virgen de la Caridad, su ayuda para que, un año más, desde hoy y hasta el

Domingo de Resurrección, todas y cada una de nuestras procesiones resplandezcan en nuestras calles, convertidas en Iglesia, bajo la bóveda de un cielo azul y estrellado; y ello a la mayor gloria de Nuestro Señor Jesucristo.

Y, como pidió en el año 2000, en este mismo marco, la Nazarena Mayor de ese año, la Nazarena Mayor a la que sin duda más quiero y querré, mi mujer,

"a partir de ahí, ¡que llueva!".

Muchas gracias.

Joaquín Ortega Martínez.
Pregonero de la Semana Santa
de Cartagena de 2016.



UCAM

UNIVERSIDAD CATÓLICA
SAN ANTONIO